



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

[rcontribucionesc@uaemex.mx](mailto:rcontribucionesc@uaemex.mx)

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Malishev, Mijail; Sepúlveda Garza, Manola  
Peripecias dramáticas de la filosofía rusa  
Contribuciones desde Coatepec, núm. 6, enero-junio, 2004, pp. 121-128  
Universidad Autónoma del Estado de México  
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100607>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# Peripecias dramáticas de la filosofía rusa<sup>1</sup>

MIJAÍL MALISHEV Y MANOLA SEPÚLVEDA GARZA

**B**oris Vladímirovich Emelianov es doctor en ciencias filosóficas, director del Instituto de la Cultura Rusa, profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad de los Montes Urales y reconocido historiador de la filosofía rusa. Por más de treinta y cinco años se ha dedicado a la investigación de diferentes aspectos del pensamiento nacional de su país. Es autor de casi treinta libros de investigación y de materiales didácticos, y de varios centenares de artículos y ensayos. Recientemente publicó el primer tomo de su trilogía cuyo propósito es crear un panorama amplio del pensamiento filosófico ruso durante tres siglos. Los volúmenes segundo y tercero, que corresponden al desarrollo de la filosofía rusa en los siglos XVII y XIX, tiene la intención de publicarlos durante los próximos años.

Frecuentemente se piensa que las ideas filosóficas del pasado están muertas, pero son capaces de renacer y vivificar nuestra cultura y la de las generaciones posteriores. Es innegable que los pensadores del pasado siguen comunicándose con nosotros a través de sus ideas y obras. En cierta forma somos herederos de sus legados espirituales, lo que no excluye que toda cultura posee sus atributos propios, que es necesario entender en sí y por sí mismos. Cada época difiere de las otras en sus valores e ideales; sin embargo, es posible la intercomunicación de las ideas en el tiempo, pues lo que nos hace humanos es común en todas las culturas y actúa como puente entre ellas. Cada doctrina filosófica representa algo más que un simple hecho del pasado: no es algo fijo y constituido en una fecha determinada. En cada filosofía que merezca llamarse así, hay algo que supera el horizonte de su época; es un mensaje para el futuro que se ofrece a todas las generaciones y constituye un bien común.

---

1 B. V. Emelianov. *La filosofía rusa en el siglo XX*. Ekaterinburg, Universidad Estatal de los Montes Urales, 2003, 690 pág.

Como es sabido, en la época de la Unión Soviética, muchos grandes pensadores rusos cuyas ideas iban en contra de la línea marxista fueron silenciados y sus libros se destruyeron o fueron guardados en fondos cerrados de las grandes bibliotecas y no eran accesibles para la mayoría de los lectores. La situación fue absurda: ¿cómo podría existir, digamos, la filosofía alemana de hoy si hubieran sido prohibidas todas las referencias a las obras de Kant o de Hegel?, ¿qué sería hoy la filosofía francesa si hubieran expulsado de su memoria colectiva las ideas de Descartes o Rousseau? Esta barbarie histórica parece increíble. Y sin embargo, así fue la situación ideológica en la Unión Soviética antes de Perestroika: las obras de grandes pensadores eran prácticamente desconocidas, en tanto que los trabajos de los ideólogos oficiales que se hacían pasar como representantes del modelo filosófico marxista eran los que inundaban las librerías y bibliotecas. Este tipo de cosas las anotó con amargura el destacado filósofo Merab Mamardashvili: “Inicialmente fue necesario eliminar montañas de escritos que expresaban el pensamiento humanista en Rusia, para que en ese vacío autores mediocres pudieran parecer como Montes Blancos del pensamiento filosófico. Sus textos no sólo son tediosos y aburridos sino escritos en un lenguaje de madera, que desde el inicio excluye cualquier pensamiento vivo y libre” (Merab Mamardashvili. *Como entiendo la filosofía*. Moscú 1990, p. 168, en ruso).

A partir de la segunda mitad de los ochenta, el doctor Emelianov desplegó una intensa actividad dirigida a la investigación, comentarios y reedición de los filósofos rusos “olvidados en su propio país”. El libro que ahora nos ofrece es, de hecho, resultado de muchos años del trabajo fructífero y abnegado.

Como es sabido, para Rusia el siglo veinte fue el periodo más trágico de toda su historia, un tiempo de “experimento social” muy cruel realizado sobre el pueblo entero y cuyo resultado fue un rotundo fracaso; fue una época de innumerables víctimas por las dos guerras mundiales y por las sangrientas represalias del gobierno en contra de su pueblo. No menos trágica fue la historia del pensamiento ruso en ese siglo que “conoció” todas las pesadillas del totalitarismo ideológico. Al alcanzar su auge al principio del siglo, la filosofía rusa después de 1917, paulatinamente perdió su especificidad nacional y se convirtió en lo que conocemos como filosofía marxista-leninista internacional. El autor del libro que reseñamos nos muestra una amplia gama de métodos con los que se eliminó el pensamiento inconforme con los dogmas del materialismo histórico y dialéctico. Una de las páginas más dramáticas estuvo vinculada con el exilio de los más destacados representantes de la filosofía rusa. Este acto tuvo un doble significado: en primer lugar, representó la interrupción en las tradiciones del “siglo de plata”, que había constituido la cima del desarrollo intelectual del país y, en segundo lugar, fue el

comienzo de una activa intervención represiva del partido bolchevique en la esfera de la cultura espiritual. En mayo de 1922 Lenin dirigió una carta a Felix Dzerzinsky, presidente de la Comisión Extraordinaria (policía secreta), en la cual le planteó la “necesidad de exiliar al extranjero a los escritores y profesores que ayudan a la contrarrevolución” y recomendó elaborar una serie de medidas concretas para “legitimar” esta acción. En agosto de 1922, los acusados fueron arrestados y sin juicio fueron puestos en dos naves y enviados de San Petersburgo a Alemania. Entre los casi 200 exiliados destacó un grupo de los pensadores más brillantes de Rusia. Como escribió el literato Mijail Osorguin, quien compartió el destino lamentable de sus compañeros de exilio, dos barcos alemanes se llevaron a Occidente la única mercancía, en abundancia y totalmente gratis, que el gobierno soviético exporta para Europa: la flor y nata de los legados culturales de Rusia. Al expulsar a los más destacados representantes de la filosofía rusa, Lenin, sin sospechar la magnitud y crueldad que en un futuro cercano tomarían las represalias estalinistas (y en esto radica la paradoja), de hecho, salvó la vida de muchos de ellos. De la cohorte destacada de filósofos de aquellos años, sólo unos cuantos se quedaron en la Unión Soviética; les esperó una vida muy severa: las injurias, el campo de concentración o la muerte.

Después de la revolución de los bolcheviques fueron destruidas las relaciones que unieron a la cultura rusa con la de Europa Occidental y tan fructíferas para el desarrollo del país en el siglo XIX y principios del XX. La tiranía del marxismo ortodoxo que implacablemente censuraba el contenido filosófico de aquellos cuyas ideas iban en contra de los dogmas del materialismo histórico y dialéctico, sin lugar a dudas empobreció la cultura espiritual del país. La actitud dogmática ante la historia de las ideas de los pensadores rusos, que se plasmó en la absolutización de la línea revolucionaria cuyos herederos se consideraron a sí mismos los bolcheviques, condujo al nihilismo y a la profanación de la cultura nacional. En este aspecto muy significativo fue la posición de Trotsky quien se preguntaba irónicamente: “¿Qué le hemos dado al mundo en la esfera de la filosofía y de las ciencias sociales?” Y respondía, “¡Nada, cero absoluto!” (León Trotsky. *Literatura y revolución*. Moscú, 1991, p. 268, en ruso) Contrariamente a esta opinión nihilista, el pensamiento filosófico ruso, como lo demuestra contundentemente B. V. Emelianov, no fue insignificante. Los nombres de Berdiaev, Shestov, Bulgakov, Rozanov, Illin, Frank, Karsavin, Novgorodtsev, Florensky, Fedotov, Losev, Gumiliov, Chizevsky, Zenkovski, Bajtin, Plejanov, Bogdanov, Ilienkov, Mamardashvili y muchos otros, componen la gloria de la filosofía rusa en el siglo XX.

En su libro, Boris Emelianov dedica mucha atención a la filosofía de la “Época de plata” que precedió a su abatimiento revolucionario en 1917. Este periodo

duró no más de veinte años, pero representó la cúspide del florecimiento de la conciencia histórica, de nuevas formas de religiosidad y de destacados logros en filosofía, ciencia, literatura, teatro, ballet, música y pintura. En esos pocos años la cultura rusa alcanzó su apogeo espiritual. La Revolución de Octubre puso fin a ese Renacimiento cultural, y muchos de sus integrantes se vieron obligados a abandonar su país o fueron exiliados o fusilados por el gobierno soviético.

A diferencia de la filosofía occidental que se inclina más a la creación de sistemas y a la autonomía de otras formas de la cultura espiritual, el pensamiento filosófico ruso se desarrollaba más estrechamente ligado con la literatura, el arte, la religión y la ciencia. En la opinión del autor, las fantasías del artista, el discurso del historiador, el sermón del clérigo y las reflexiones metafísicas no surgen ni se desenvuelven aislados, sino que se reflejan mutuamente en esas interacciones y se revelan las coincidencias en los principios fundamentales de su actitud hacia el hombre, la sociedad y la historia. La unión del discurso teórico con las reflexiones sobre la vida y la del pensamiento abstracto con los problemas prácticos constituyen, en efecto, una de las características del pensamiento filosófico ruso.

El libro reseñado consta de dos grandes partes. La primera ofrece un panorama general de las corrientes principales del pensamiento filosófico del país; en ellas se refleja la variedad de intereses y búsquedas espirituales vinculadas con las peripecias existenciales y políticas de los mismos filósofos. Vale la pena señalar algunas de las líneas de pensamiento presentadas en el libro: La Filosofía Religiosa Académica, Sofiología, la Búsqueda de Dios, Existencialismo religioso, Neokantismo, Neoeslavismo, Intuitivismo, Simbolismo, Cosmismo, Inmortología, Filosofía marxista, Filosofía del periodo soviético, Euroasiatismo, Filosofía de la historia: idea rusa, Filosofía del derecho, Filosofía del nombre, Filosofía de la educación, Filosofía de la técnica, Filosofía y música. En la segunda parte, el autor expone biografías de intelectuales y concepciones filosóficas de siete destacados pensadores que, según sus palabras, “no es tan fácil encajar en una corriente determinada y que por sí mismos representan algo original y específico para la cultura rusa”. Se trata de Daniil Andreev, Mijail Bajtín, Nicolai Bujarin, Lev Gumiliov, Nicolai Rerij, Evgueni De Roberti, Gustav Shpet.

En la primera parte, el autor también analiza las ideas principales de tres colecciones filosóficas que “sonaron como un disparo en la noche”, electrizaron la opinión pública y por algún tiempo se colocaron en el epicentro de la lucha social e ideológica del país. Se trata de *Los problemas del idealismo* (1902), *Hitos* (1909) y *De profundis* (1918) que son escritos unidos por la temática, la tradición y el círculo de los principales autores. La colección que conmovió profundamente a una amplia gama de lectores, convirtiéndolos en sus fieles admiradores o en sus

empedernidos detractores, fue *Hitos* (Vieji) dedicada a la *intelegentsia* rusa. El enorme torrente de las reseñas y literatura crítica testimonia la gran resonancia escandalosa que provocó esta pequeña colección. El autor se pregunta ¿por qué?, y responde que el libro sometió a una profunda crítica a la ideología y al sistema de valores e ideales que profesaba la *intelligentsia* rusa radical y que, finalmente, la condujo a la catástrofe. Uno de los rasgos específicos de la *intelligentsia* rusa, según B. V. Emelianov, fue su sentimiento de culpa ante el pueblo por su estado de humillación y opresión milenaria. En el anhelo de servir al pueblo, la *intelligentsia* vio su vocación y su deber moral, y precisamente esta disposición de ayudar a los sufridos en aras de un futuro mejor da la razón a los autores de *Hitos* para caracterizar la conciencia de la *intelligentsia* como una conciencia religiosa en su esencia. Empero, la divinización del pueblo en abstracto frecuentemente degeneraba en la evasión de la responsabilidad ante sus representantes concretos. En efecto, la doctrina que afirmaba como su meta superior servir al pueblo no presupuso ninguna obligación concreta a estos servidores ni les impuso tareas de perfeccionamiento moral. En lugar de impulsar la educación del pueblo, la *intelligentsia* radical apelaba a sus instintos bajos, enardecía sus pasiones e impulsaba su odio irracional contra las clases dominantes y el Estado. El *leitmotiv* de todos los artículos *De Profundis* ya no fue profecía, como en *Hitos*, sino una amarga constatación de que Rusia sufrió una inigualable derrota política y moral, cuyas primeras víctimas fueron el pueblo y la *intelligentsia*. Los autores *De Profundis* lanzaron un amargo reproche a los bolcheviques que antes de la revolución se enorgullecían del “socialismo científico” y de una teoría económica rigurosa y, a pesar de esto, en lugar del nuevo orden económico empezaron a aplicar el garrote, el rifle y la ametralladora. En consecuencia, se produjo una ruptura forzosa con la democracia, el derecho, la moral y otras normas sociales. El rechazo casi total a las tradiciones del pasado tuvo como resultado la devastación del país y de los valores espirituales.

Otro capítulo que quisiéramos resaltar, está dedicado al análisis de las revistas y sociedades filosóficas en la “Época de plata” en Rusia prerrevolucionaria, en Rusia soviética y en el extranjero. Como subraya el autor, las ideas filosóficas, así como políticas o estéticas, al apoderarse de la mente de la gente exigen la consolidación de los correligionarios para profundizarlas y divulgarlas. La filosofía prerrevolucionaria y la prensa periódica, en virtud de muchas causas, estuvieron estrechamente vinculadas, por lo que la historia de las revistas nos da la posibilidad de observar cómo surgían y se desarrollaban diferentes ideas y corrientes filosóficas, cuál era su impacto en la sociedad y de qué manera se desplegaron los debates y polémicas. Desde esta perspectiva el autor analiza revistas y ediciones

periódicas como *Cuestiones de filosofía y psicología*, *Logos*, *Cuestiones de la vida*, *El pensamiento*, *Vía*, *Bajo la bandera del marxismo*, *Cuestiones de filosofía* y otras. Tanto en la época prerrevolucionaria como en la posrevolucionaria, los centros informales del pensamiento filosófico ruso fueron diferentes sociedades y círculos de estudio, cuyos integrantes se reunían voluntariamente para dictar conferencias, leer ponencias, discutir libros y hacer traducciones y artículos. En el libro reseñado se explora la actividad de varios agrupamientos filosóficos y culturales; el autor, por ejemplo, habla de la Asociación Filosófica Libre que funcionaba en Petrogrado en 1919-1924 y el círculo filosófico religioso encabezado por Alexandr Meyer en 1918-1928. Es muy importante subrayar, escribe B. V. Emelianov, que en las condiciones prevaecientes en las que predominaba una actitud utilitaria y clasista vulgar y donde los ideólogos de la Cultura Proletaria se empeñaban en negar la herencia cultural y exhortaban a tirar al borde toda la cultura burguesa y feudal, las sociedades filosóficas afirmaron los valores omniculturales. Esto no pudo menos que provocar la ira de los partócratas marxistas, por lo que la suerte de la mayoría de estas asociaciones fue trágica: muchas fueron cerradas forzosamente y sus integrantes perseguidos o arrestados.

Después de la revolución de 1917 y de la derrota del movimiento blanco en la guerra civil, millones de los enemigos de los bolcheviques se vieron obligados a emigrar de Rusia por su propia voluntad o por salvar su vida. Ellos se dispersaron por diferentes países y formaron algunos grandes centros en Europa (París, Praga, Sofía, Berlín), Asia, Australia, América del Norte y América Latina. Si en el aspecto político y organizativo, los emigrados fueron aislados, en el plano filosófico tuvieron mucho qué decir. La emigración rusa no poseía plena unidad ideológica, sin embargo, su parentesco común, en el primer lugar, lo constituía una herencia cultural y espiritual con el pasado prerrevolucionario. Esta nostalgia por la cultura perdida alimentaba y consolidaba toda su vida ideológica. En segundo lugar, los emigrantes no podían menos que meditar sobre los efectos del cataclismo revolucionario que cambió drásticamente el destino de la vida social de su país. Aunque estas reflexiones sobre la revolución, la patria y la *intelligentsia* tuviesen algunos matices, la actitud ante todos estos fenómenos fue bastante semejante. En tercer lugar, al encontrarse en el exilio, los pensadores rusos más agudamente que en su patria empezaron a reflexionar sobre el viejo problema que separó a los eslavófilos de los occidentalistas: ¿hasta qué grado Rusia es semejante a Europa? ¿Cuáles son las tendencias y los hechos reales de su confrontación y acercamiento?

La idea de una vocación específica de Rusia estuvo vinculada no sólo con aspectos temporales sino también con dimensiones espaciales, como “un lugar específico de desarrollo”. Ya Dostoievski señalaba al aspecto geopolítico de Rusia como un factor decisivo para su misión histórica. En su *Diario* reprochó a la opinión pública que no tenía una noción clara de lo que Asia podría representar para el porvenir de Rusia, porque Rusia no está sola en Europa sino también en Asia, porque el ruso no es solamente europeo sino también asiático, porque quizá Asia ofrece al país más esperanzas que Europa. La teoría sobre el papel geopolítico de Rusia fue desarrollada por el “euroasiatismo”, corriente ideológica que se planteó este problema no sólo en el aspecto geográfico y étnico sino también cultural, político y filosófico. La teoría euroasiática surgió entre los emigrantes rusos después de la Revolución de Octubre, en 1921, cuando en Sofía se publicó la colección *El éxodo al Oriente: presentimientos y realizaciones. Tesis de los euroasiáticos*. Los autores de este libro fueron Piotr Savitsky (economista), Gueorgui Florovsky (filósofo), Piotr Suvchinsky (teórico del arte), Nicolai Trubetskoy (lingüista). Más tarde se adhirieron a esta corriente Pavel Bicili (literato), Lev Karsavin (filósofo), Vasili Illin (filósofo), Gueorgui Vernadsky (historiador), Serguei Efron (literato) y otros. El mérito principal de los euroasiáticos, como lo muestra B. V. Emelianov, fue el fundamento conceptual de un nuevo modelo de civilización, la búsqueda de la “tercera” vía entre capitalismo y socialismo. La escuela euroasiática se destacaba de otras corrientes de pensamiento emigrante por la fuerza de su excursión en la historia y en la mentalidad rusa y por la perspicacia y clarividencia de los caminos futuros del desarrollo del país. Con estas premisas los teóricos del euroasiatismo negaron la división de los pueblos en superiores e inferiores, subrayaron el carácter multilineal del proceso histórico y le dieron un valor propio de todas las culturas. Las ideas euroasiáticas se opacaron en los años treinta con el aparente “triumfo” del socialismo en la URSS; empero, en los principios de los años noventa obtuvieron nueva vida. Según el autor del libro reseñado, el renacimiento del euroasiatismo en los últimos quince años está vinculado con el derrumbe del régimen comunista en la Unión Soviética y la descomposición del país en Estados independientes. Hoy se observa un verdadero *boom* de las ideas olvidadas; se editan libros, se organizan simposios e, incluso, se hacen intentos de fomentar movimientos políticos basados en las ideas del euroasiatismo.

Para entender la historia nacional de Rusia es necesario comprender la lógica de su desarrollo, lo que a su vez es imposible sin conocer su filosofía de la historia. Como escribe B. V. Emelianov, los problemas de la filosofía de la historia para la filosofía rusa siempre estuvieron conectados con la búsqueda de la identidad nacional: “¿quiénes somos?” y “¿a dónde vamos?”, y con la búsqueda de la



justicia social: “¿quién es el responsable?” y “¿qué hacer?” Las reflexiones sobre el destino histórico del país en tradición historiosófica, iniciada por Vladimir Soloviev, obtuvo el nombre de la idea rusa. En contraposición a cualquier etnocentrismo, el pensador ruso consideraba que la idea de nación no es lo que ésta piensa de sí misma en el tiempo, sino lo que Dios piensa de ella en la eternidad. Igual que Soloviev, los filósofos de la idea rusa analizados en el libro reseñado –Nicolai Berdiaev, Iván Illin y Lev Karsavin– se pronunciaron sin ambages en contra de la superación nacional, subrayando que el rostro de la nación se determina por sus logros culturales, por su aportación a la civilización mundial y no por lo que ella piensa de sí misma. ¿En qué consiste la “idea rusa?”, y ¿quién es su portador? ¿Dónde buscar su contenido y su sentido histórico? Entre los pensadores no hubo unanimidad en las respuestas a estas preguntas. A todos los filósofos de la “idea rusa” les fue inherente el *pathos* de crear una cultura de identidad peculiar donde los intereses del Estado y los del individuo se encontraban en cierta concordancia. A diferencia de este enfoque, los bolcheviques tenían otra actitud ante la “idea rusa”, trataban de plasmar en la vida la doctrina mesiánica sobre la revolución mundial encabezada por su país. Los líderes del partido comunista consideraban que Rusia llevaba detrás de sí a millones de oprimidos y explotados, a quienes les liberaba de los horrores de la explotación capitalista llevándoles al futuro radiante comunista. Al traer las innumerables víctimas al altar del Imperio poderoso, Rusia llegó a ser una de las dos sobrepotencias, con pretensiones al dominio mundial. Pero la cúspide de la “Idea” se convirtió en su muerte, tanto la ideología como la economía resultaron agotadas. La sobretensión condujo al país en los años de Perestroika a su rápido fin.

Es imposible abarcar todas las ideas, escuelas y corrientes de pensamiento presentadas en este libro en cuya base están los materiales de conferencias, cursos y seminarios que su autor, doctor B. V. Emelianov, impartió durante más que diez años en la licenciatura y el posgrado de la Facultad de Filosofía de la Universidad Estatal de los Montes Urales. Es un trabajo panorámico que combina amplias perspectivas históricas con debida atención a la biografía intelectual, las ideas, doctrinas y peripecias a veces dramáticas y hasta trágicas de la suerte de sus autores. A los lectores no puede menos que impresionar la cantidad colosal de fuentes de los filósofos rusos e investigaciones de otros autores sobre ellos. La historia de la filosofía rusa en el siglo XX es la descripción y el análisis de la proeza del pensamiento de sus héroes: los destacados pensadores y su autor, Boris Emelianov, que merece todo nuestro reconocimiento por su gran labor para escribir este libro.